



Real Oratorio del Caballero de Gracia

Abril de 2020

IV CENTENARIO DE LA MUERTE DE CABALLERO DE GRACIA (1619-2019)

NOVENA CONFERENCIA

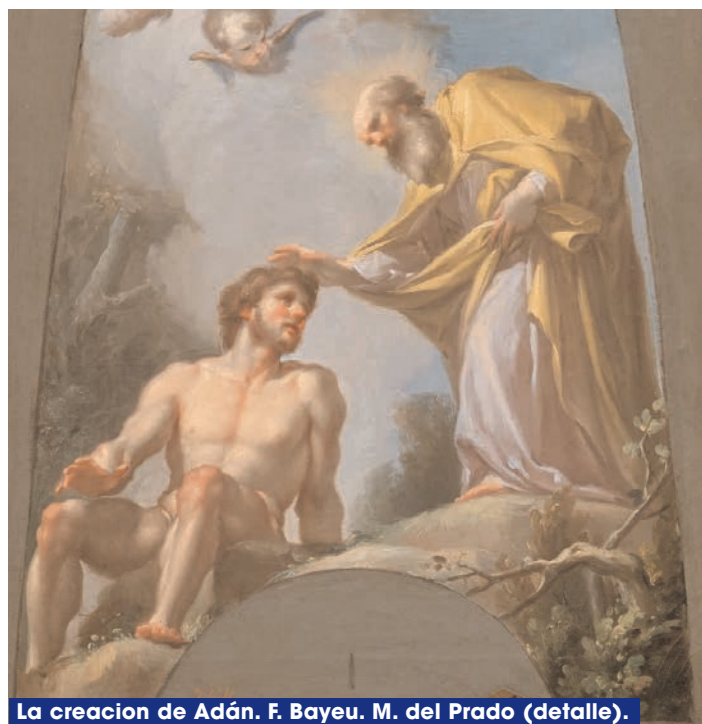
«La historia de la salvación»

Prof. Dr. D. José Carlos Martín de la Hoz, Academia de Historia Eclesiástica. Madrid

El IV Centenario de la muerte de Jacobo de Gratij, el Caballero de Gracia (1517-1619)¹, sacerdote e ilustre personaje vinculado a la nunciatura de Madrid, y a la historia de la Corte y de la Villa, cuya causa de canonización se encuentra en curso en su fase romana, es una ocasión para recordar su vida, virtudes y fama de santidad. Asimismo, es buen momento para profundizar en las coordenadas histórico críticas que hagan más inteligible su aportación a la Iglesia y a la sociedad de su tiempo.

Precisamente, realizaremos esta aproximación desde una de sus obras apostólicas más importantes; la que quedó establecida entre la calle de su nombre y la actual Gran Vía de Madrid, es decir, “El Oratorio del Caballero de Gracia”, dedicado primordialmente a la adoración eucarística que ha sido el promotor acoge de este ciclo de conferencias. Precisamente, al ahondar en la extensa y fecunda obra del Caballero, lo primero que se descubre es una espiritualidad centrada en Jesucristo, quien verdaderamente era el sentido de su existencia.

Con anterioridad, otros ponentes han tomado la palabra y han desarrollado magistralmen-



La creación de Adán. F. Bayeu. M. del Prado (detalle).

te las coordenadas histórico-culturales de los tiempos del Caballero y, por supuesto, han glosado las ricas facetas de la personalidad humana y cristiana de Jacobo de Gratij.

Por nuestra parte, descendemos con prontitud a abordar el tema que se nos ha pedido para esta conferencia final, y lo haremos, como es habitual, comentando el enunciado y los objetivos que nos hemos propuesto acerca de: “El sentido último de la historia: la historia de la salvación”.

1. Cfr. J. M. SANABRIA-J. R. PÉREZ ARANGÜENA, *El Caballero de Gracia. Vida y leyenda*, Palabra, Madrid, 176 pp.

Tradicionalmente, se entiende como historia de la salvación, la narración histórica de las intervenciones divinas destinadas a conducir al hombre libremente a la meta del cielo, es decir a la eterna felicidad. Lógicamente, la primera parte de esa historia coincidirá con la Sagrada Biblia, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, es decir versará sobre la narración de los cuidados de Dios con el pueblo escogido: la creación, la caída, la promesa del Redentor y, posteriormente, la encarnación, pasión, muerte y gloriosa resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, Señor de la Historia, quién tras su marcha al Cielo, instituyó la Iglesia como sacramento universal de salvación.

Así pues, mis palabras habrán de enmarcarse en los rasgos capitales de la historia de la salvación que acabamos de enunciar. En primer lugar, abordaremos algunas facetas de las postrimerías, las consecuencias de la Redención del género humano, pues contienen el sentido profundo de la historia. En segundo lugar, trataremos de la relación personal del hombre con Jesucristo en la que se expresa la particular historia de la salvación del género humano y, finalmente, para concretar más las providencias divinas en la historia de la salvación de cada hombre, nada mejor que resaltar el realismo eucarístico, como expresión de la conjunción de la gracia sacramental y la libre respuesta del hombre.

Las postrimerías

El sentido último de la historia, viene marcado por la figura de Jesucristo “Alfa y omega, principio y fin”, creador, redentor y salvador. Precisamente, el catecismo de la Iglesia católica, al hablar del misterio de la Redención del género humano mediante la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo, lo hace con estas impresionantes palabras: “Cristo se ofreció a su Padre por nuestros pecados”². Es decir, las verdades eternas que acaecerán el final de la historia, en los últimos días, son la parusía de Jesucristo y el Juicio universal.

2. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 606.

La teología católica ha denominado “Novísimos” a aquellas verdades eternas que acaecerán al final, es decir, en aquellos días que san Juan denomina en el Apocalipsis con la expresión: “vi un cielo nuevo y una tierra nueva” (Apoc 21,1); por tanto, hechos que darán el sentido último a toda la historia humana en el instante soteriológico por excelencia.

Esta cuestión es, además, de una gran actualidad, pues la realidad de la experiencia de la muerte del hombre, como consecuencia del pecado original es cotidiana y más en estos tiempos de pandemia que hemos vivido y, asimismo, hemos de recordar que la muerte es el último tabique que nos separa del encuentro definitivo con Jesucristo, por eso la abordaremos con esperanza.

Para los cristianos, la vida humana tiene su origen en Dios que es quien crea cada alma humana y la sitúa en la tierra para que sea feliz dando gloria a Dios en una anticipación de la bienaventuranza que es la filiación divina, a la vez que colabora con Jesucristo, mediante el trabajo, en la construcción de la sociedad humana y cristiana. Finalmente, llegará la muerte y, con ella, el acceso a la eternidad.

Para precisar todo esto, proponemos acudir al inteligente tratado de escatología publicado en 2011 por ediciones Rialp, dentro de la biblioteca de iniciación teológica³. Los autores del trabajo, son dos teólogos de plena solvencia, Jorge Molinero, Doctor en Teología y periodismo, y Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva, profesor, artista y teólogo sevillano.

Comencemos por resaltar la importancia de la materia, pues la plenitud de la revelación que nos ha traído Jesucristo es un anuncio de la brevedad de la vida terrena y, en cambio, de la llamada a la vida infinita del amor de Dios en el cielo: “El ser humano no puede vivir sin esperanza, instalado permanentemente en la duda o el temor y, sobre todo, en la espantosa amenaza de la ruina total y definitiva de su persona”⁴.

3. J. L. RODRÍGUEZ SÁNCHEZ DE ALBA-J. MOLINERO, *El más allá. Iniciación a la Escatología*, Rialp, Madrid 2000, 205 pp.

4. *Ibid*, p. 15.



El sacrificio de Isaac. Veronés. M. del Prado (detalle).

En cualquier caso, adelantemos que parte el empeño divino de salvación muestra un verdadero y generoso amor a sus hijos, al encaminarlos la meta del cielo y al deseo de Dios es que vivamos con Él en la eterna morada que nos ha preparado: lo expresaba san Pablo en la epístola a Timoteo: “Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tim 2, 3-4). Por tanto, es conatural al hombre como criatura creada por Dios el deseo de llegar al cielo y, para los bautizados, está ya incoado en la llamada a ser hijos en el Hijo⁵.

Así pues, toda la historia de la salvación nos está preanunciando el deseo de Dios de hacernos felices con Él toda la eternidad. Es más, frente al egoísmo que observamos en las vidas

5. Es decir, de la Filiación por naturaleza de Cristo, pasamos a la filiación por adopción en los cristianos: hijos en el Hijo. Recordemos el texto del evangelio de Mateo: “En verdad os digo: si no os volvéis a hacer como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (Mt 18,3). Y concluye Jeremias: “los niños saben decir Abba”. J. JEREMIAS, *Abba. El mensaje central del Nuevo Testamento*, ediciones Sígueme, Salamanca 2018, p. 227. Cfr. F. OCARIZ, *Hijos de Dios en Cristo. Introducción a una teología de la participación sobrenatural*, Eunsa, Pamplona, 1972, p. 23.

de muchos hombres, las postrimerías nos hablan del amor de Dios: “La fe cristiana cree que sólo el amor es verdaderamente revolucionario y el único que puede cambiarlo todo, mejorándolo. Cree que Dios es Amor; y solo Él puede implantar el Reino definitivamente y de forma irreversible”⁶. De ahí que pensando en el cielo que Dios nos tiene prometido añaden: “El Reino de Dios está más allá, a una distancia infinita del sueño humano más ambicioso, cuestionando la provisionalidad de todo cuanto acontece o se edifica en la historia”⁷.

Es interesante que nuestros autores se detengan a responder a las críticas superficiales de algunos que califican simplonamente el cielo de aburrido: “En el cielo no sólo veremos a Dios, sino que nos sentiremos amados por el tres veces Santo, y seremos capaces de amar a ese Dos increíblemente grande y bueno por la comunicación de la vida divina en nosotros. Bajo la acción del Espíritu de Dios podemos abrigar la esperanza de amar como Dios ama”⁸.

Es más, ese final, es en cierto modo ya anticipado en la tierra: “Dios Uno y Trino es el origen y la meta de la Historia. La Trinidad de Dios es el seno adorablemente trascendente en que está recogido el mundo. El acontecimiento paschal, que permite a los hombres participar en la misma vida de Dios, y que han hecho posible las misiones divinas, por las que Dios viene a implantar su tienda en el mundo y a hacer suya la historia de los hombres, para manifestar con ella la gloria eterna de su amor, revela que la vida humana no está supeditada en el vacío sino en las manos de Dios”⁹.

Verdaderamente, es un gran don de Dios la fe que hemos recibido. Efectivamente, afirmaba san Josemaría en Camino: “Si la vida no tuviera por fin dar gloria a Dios, sería despreciable, más aún: aborrecible”¹⁰.

6. J. L. RODRÍGUEZ SÁNCHEZ DE ALBA-J. MOLINERO, *El más allá. Iniciación a la Escatología*, p. 31.

7. *Ibid*, p. 33.

8. *Ibid*, p. 35.

9. *Ibid*, p. 36.

10. S. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, Rialp, Madrid 1987, n. 783.

De hecho, nuestros autores levantan la mirada hacia lo importante cuando afirman: “Hay cosas que no se pagan con nada como suele decirse a veces. El honor, la gratitud, es algo tan hermoso como vulnerable, no se puede medir o pesar, pero resulta casi indispensable. La pérdida del honor puede hundir a personas o instituciones, destruirlas. El respeto y la gratitud por sus méritos, en cambio, puede estimularles a seguir por ese camino o ayudarles a soportar su destino”. Inmediatamente, se centran en la gloria de Dios: “Alabar a Dios es un privilegio del hombre, es abrirse al mensaje que nos llega de lo alto, un homenaje a todo lo que es Sabiduría, Bondad, Belleza, lo cual no engrandece porque mostramos que somos capaces de apreciarlo, al paso que nos vuelve también mejores. Quien no se conmoviera ante la belleza de la naturaleza, del arte, del ingenio humano, y, en última instancia, de Dios Creador de todo eso, demostraría que es incapaz de ella. Solo la ceguera, la inconsciencia o una mirada distorsionada por el culto al yo, puede ver en la alabanza a Dios un gesto sin sentido”¹¹.

Y el colofón es realmente excelente: “Existen ambientes donde Dios es negado, o tolerado tan solo en la intimidad. Se intenta un mundo sin Dios. La tesis de Nietzsche según la cual el hombre sólo alcanzaría su plenitud cuando Dios desaparezca de su vida, ha invadido la conciencia de muchos. Se olvida que cuando el hombre se dirige contra su Dios y Creador lo hace con la ayuda del don de la libertad que Dios mismo le ha concedido, y que, en lugar de abrirse a Él alabándolo, le repliega sobre sí mismo, atento solo a su propia gloria. En vez de poner a Cristo en el centro de toda su atención, el hombre busca su propio encumbramiento”¹².

Asimismo, conviene recordar, aunque sea brevísimamente, la realidad de la escatología intermedia: “entre la muerte y el estado definitivo de cada persona se da una situación de



Moisés salvado de las aguas. Veronés. M. del Prado (detalle).

alguna manera transitoria; es lo que se conoce con el nombre de escatología intermedia: intermedia entre la muerte y la Resurrección de la carne en el juicio final”. Asimismo, conviene recordar que; “en esa situación, que de alguna manera ha de ser ultimada, perfeccionada, las almas de los justos gozan ya de Dios; las de los condenados sufren ya el infierno; y las de los que se purifican en el purgatorio van pasando a la visión de Dios y a la felicidad de la gloria”¹³.

¿Y el purgatorio? Dice Benedicto XVI en la encíclica “Spe salvi” que en el purgatorio hay buen ambiente pues, aunque las almas que están en él purificándose sufren realmente pues están retardadas en la visión beatífica, saben que es por su bien y por su perfecta purificación, pero que pronto serán introducidos en la gloria para siempre, por tanto, la esperanza está sólidamente fundada¹⁴.

Finalmente, no podemos terminar esta primera parte de nuestras consideraciones sobre la historia de la salvación sino volviendo a subrayar como hace la teología y la espiritualidad cristiana desde el comienzo del cristianismo que recordando la dicha del cielo que Dios Padre nos tiene preparado.

Es más, la pascua de resurrección que celebramos cada año en la liturgia solemne de la

11. Ibid, p, 61.

12. Ibid, p. 62.

13. Ibid, p. 129.

14. Ibidem.

Iglesia con su octava y el largo tiempo del tiempo pascual nos recuerda también el cielo que nos tienen prometido y su incoación ya en esta vida: “la vida eterna, el reino de los cielos, se incoa en esta tierra, en la que ya podemos conocer y amar a Dios, aunque imperfectamente, y se consumará en el más allá: es como sabemos, algo futuro que ya ha empezado en el alma de cada cristiano, algo que es ya real como real es la semilla que se desarrolla en árbol, pero que todavía no ha llegado a su plenitud”¹⁵.

El encuentro salvador

Asimismo, la historia de la salvación es un tema de gran actualidad, pues la historia de cada hombre es la historia de su oración y, por tanto, de su salvación. En esta vida se producen muchos encuentros personales y reales con nuestro Salvador Jesucristo en la liturgia, en la vida sacramental, en la meditación y en la escucha de la Palabra de Dios.

La historia de cada alma es la historia de su relación personal con Jesucristo. Por tanto, las épocas más felices y fecundas de nuestras vidas coincidirán con aquellas en las que hemos permanecido en intimidad con Él. Asimismo, reconozcamos que los momentos más tristes y desorientados coincidirán con los tiempos de pérdida o de enfriamiento de la confianza en Dios.

La nueva manera de vivir la religión que ha traído Cristo con la encarnación, el nuevo modo de relacionarse con Dios que se ha instaurado, podría expresarse muy bien en este texto de Camino: “Todo eso, que te preocupa de momento, importa más o menos. —Lo que importa absolutamente es que seas feliz, que te salves”¹⁶. Es decir que el objetivo de la vida espiritual del cristiano es gozar de la vida cristiana en la tierra (la felicidad) para, después en plenitud, vivir la vida en Dios en el cielo (eterna bienaventuranza).

Precisamente, en nuestros días parte del pensamiento contemporáneo pretende afirmar la incapacidad del hombre para tratar a Dios y ofrecen una religión hecha de sentimientos y de sensaciones, es decir una religión sin Dios, sin ningún dogma y sin ningún líder religioso. Con esa aparente solución desean “teóricamente”, cubrir aparentemente una necesidad del alma; calmar las ansias de eternidad y de espiritualidad y evitar cualquier disputa de carácter religioso¹⁷.

La cuestión de fondo, por tanto, partiría desde la pregunta antropológica acerca de si las nuevas generaciones, serían “incapaces de Dios”, es decir, si tienen capacidad de descubrir un Dios personal contemporáneo y, en caso negativo, si sólo podrían acceder a una vaga emoción espiritual.

Efectivamente, el hombre de hoy, al rechazar, en algunos ambientes, la existencia de un Dios personal, podría decantarse por una visión panteísta de la vida o hacerse adepto de espiritualidades vacías de Dios, lo que explicaría la abundancia de publicaciones entorno al panteísmo desarrollado por el judío holandés Baruc Spinoza (1632-1677)¹⁸, como puede comprobarse en cualquier librería de nuestro país¹⁹.

La solución a este problema no puede ser otra que regresar a la esencia del cristianismo,

17. Cfr. M. CORBÍ, *Hacia una espiritualidad laica. Sin creencias, sin religiones, sin dioses*, Herder, Barcelona 2019, 350 pp.

18. “El Dios de Spinoza es muy distinto: no ha creado el mundo, no es exterior a él y, por tanto, es totalmente inmanente; no tiene cualidades o funciones que se parezcan a las humanas y no interviene en sus asuntos. Ese Dios cósmico lo define Spinoza, al principio de la *Ética*, como la sustancia de todo lo que es” F. LENOIR, *El milagro Spinoza. Una filosofía para iluminar nuestra vida*, Ariel, Barcelona 2019, p. 90.

19. “Dios y naturaleza, desde Spinoza, pasaron a ser lo mismo; las dos caras de la misma moneda, dos palabras para nombrar la misma realidad que todo lo abarca (...). Esto pues significa que rezar es inútil, pues aunque Dios lo quisiera, no podría cambiar el curso de la naturaleza y, de cualquier modo, si todo es parte de Dios y, por tanto, perfecto y necesario, el sufrimiento también lo es”. P. BLOM, *El motín de la naturaleza. Historia de la pequeña Edad del Hielo (1570-1700)*, Anagrama, Barcelona 2019, p. 217.

15. *Ibid.*, p. 130.

16. S. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, n. 297.

que se descubre en el encuentro personal con Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Como ha resumido Benedicto XVI magistralmente en su primera Encíclica: “«hemos creído en el amor de Dios» (cfr. 1 Jn 14, 16): así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”²⁰.

Evidentemente, el encuentro más íntimo y personal lo expresa la liturgia de la Iglesia en la celebración del Sacrificio de la Misa: “Un Dios colgado de un madero. Un Dios que depende de la respuesta del hombre a su inmolación para llegar a ser el que es no es sencillamente homologable a la divinidad que permanece en las alturas a la espera del ascenso –la ascesis, el sacrificio– del hombre (...) el sacrificio que nos reconcilia con Dios no es del hombre, sino de Dios”²¹.

Asimismo, para que haya verdadera salvación el hombre ha de abrirse a la gracia, pues como afirmaba el profesor Trottier, “lo esencial es que el hombre dé el primer paso (tu fe te ha salvado). Aquí radica el desafío de la confianza, íntimamente ligado al de la libertad, pero no de una libertad de elegir una opción entre muchas, sino la libertad de aceptar o rechazar”²².

Es más, habría que añadir, es capital que el hombre libremente aporte la energía de la libertad en plenitud: Dios nos invita a su seguimiento y el hombre se tiene que jugar el todo por el todo: vender todo lo que tiene para comprar ese campo. Eso es lo que Trottier llama la “autenticidad”, es decir, la decisión coherente de salir hacia Él sin miedo.

Es lógico, por tanto, volver al texto paulino: “Ya no soy yo el que vive, sino que es Cristo



Adoración de los pastores. J. B. Maino. M. del Prado (detalle).

quien vive en mí” (Gal 2,20), para descubrir que el cristianismo ha de presentarse con toda la profundidad y el misterio, pues sólo el impacto del encuentro real con Jesucristo podría poner en marcha la energía de la libertad de amar que hay en el fondo del alma del hombre.

El itinerario de la amistad con Jesucristo ha sido recientemente expuesto por el profesor de Cristología Francisco García Martínez y sería el siguiente: “La didáctica de la cristología deberá, pues, enseñar a aprehender a Cristo con la ayuda de la lectura de la Escritura sostenida en una buena exégesis, con la ayuda de una historia crítica del dogma, con la ayuda de las formas litúrgico-sacramentales donde se ofrece su presencia sobrepasando el mero pietismo devocional, y con la ayuda interpelante de los signos de los tiempos, leídos de la mano tanto de las referentes culturales, como de los maestros de espiritualidad, los del pasado y los del siglo XX”²³.

20. BENEDICTO XVI, Encíclica, *Deus Caritas est*, Roma 24.XII.2005, n.1.

21. J. COBO, *Incapaces de Dios. Contra la divinidad oceánica*, Fragmenta, Barcelona 2019, p. 16.

22. J. P. TROTTIER, *La profundidad divina de la existencia*, Carena, Barcelona 2018, p. 115.

23. F. GARCÍA MARTÍNEZ, *El Cristo siempre nuevo. La posición del contexto en la cristología*, Sígueme, Salamanca 2019, p. 53.

Sacramento de salvación

Es importante, para concluir estas consideraciones acerca de la historia de la salvación que nos detengamos, aunque sea brevemente, a considerar el realismo de los medios que Dios pone en juego para salvarnos y, a través de los cuales, podemos alimentarnos en el camino de la salvación.

Ese es el significado profundo de los siete sacramentos de la nueva ley instituidos por Jesucristo, como medios para poder llegar a nuestra salvación. Recordemos de nuevo que “Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tim 2, 3-4). Seremos juzgados por nuestras obras de amor y por nuestras decisiones de amor. De ahí, que detrás de cada sacramento haya una historia de amor marcada por un binomio teológico: gracia de Dios y libertad personal.

La prueba del verdadero realismo del empeño salvífico de Dios es haber instituido la Iglesia, como “Sacramento Universal de Salvación”, según la ha denominado el Concilio Vaticano II, con una expresión inconfundible²⁴.

Además, la Iglesia ha recibido de Jesucristo los siete sacramentos y los ha ido dispensando a lo largo de la historia abundantemente a hombres y mujeres de toda clase y condición, con las condiciones requeridas, pues como afirma el catecismo de la Iglesia Católica: “confieren la gracia que significan”²⁵. De hecho, el propio catecismo, al abordar el estudio de los sacramentos, no deja lugar a dudas de su sentido salvífico cuando con toda naturalidad los denomina como “sacramentos de la salvación”.

Es muy interesante volver a la historia de la Iglesia, en los albores del cristianismo, para descubrir a una Iglesia en forma de incipiente semilla, pero ya muy unidos por la caridad y la fe en Jesucristo y su doctrina salvadora vivificada por el Espíritu Santo y por los sacramentos: “Y perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones” (Act 2, 42).



Cristo con la cruz a cuestas. S. Piombo. M. del Prado (detalle).

toles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones” (Act 2, 42).

Vamos a detenernos ahora en algunos testimonios de los padres apostólicos, escritores eclesiásticos, padres apologistas y de la Iglesia, para mostrar, con citas literales, el realismo eucarístico con el que se expresaban y vivían y, por tanto, la constatación de la fe con la que se alimentaban de los sacramentos, especialmente de la Eucaristía como un verdadero sacramento de salvación.

Comencemos por recordar con san Ignacio de Antioquía al comienzo del siglo II, el realismo eucarístico como una constante en todos los testimonios de los primeros escritos cristianos: “la Eucaristía es la carne de Nuestro Salvador Jesucristo, la que padeció por nuestros pecados, la que por bondad resucitó el Padre”²⁶.

Volvamos a la Apología de san Justino, siglo II, pues en ella se expresa claramente el principio cristiano de la fe en la realidad del cuerpo y la sangre de Jesucristo: “Porque no tomamos estas cosas como pan común, ni como vino común, sino que así como Jesucristo Nuestro Salvador, hecho carne por el Verbo de Dios, tuvo carne y sangre para salvarnos, así también hemos recibido por tradición que aquél alimento sobre el cual se ha hecho la acción de gra-

24. CONCILIO VATICANO II, Constitución *Lumen Gentium* n. 1.

25. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA n.1127.

26. S. IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los de Esmirna*, en *Padres Apostólicos*, Ciudad Nueva, Madrid 1992, VII, 1.

cias por la oración que contiene las palabras del mismo, y con el cual se nutren por conversión nuestra sangre y nuestras carnes, es la carne y la sangre de aquél Jesús encarnado”²⁷.

Desde el principio de la vida de la Iglesia, el magisterio ha exigido que para que alguien pueda acercarse a comulgar debe poder distinguir entre el pan común y la eucaristía, principio que sigue exponiéndose en la catequesis de la primera comunión. Las mismas expresiones tienen perfecta continuidad en los siguientes siglos. Por ejemplo, san Ambrosio a comienzos del siglo IV en una de catequesis resaltaba: “Antes de la consagración no estaba el cuerpo de Cristo, pero después de la consagración te digo que ya es el cuerpo de Cristo. Él lo dijo y se hizo; Él lo mandó y se creó”²⁸.

Lógicamente, la consecuencia de esa fe viva era la realidad de la presencia eucarística, se expresará en el cuidado de las propias especies sacramentales, por ejemplo, afirmaba con gran crudeza Tertuliano: “Sufrimos ansiedad si cae al suelo algo de nuestro cáliz o también de nuestro pan”²⁹. De ahí se derivaba el uso de una bandeja a la hora de la comunión que perdura hasta la actualidad, como el que se dejara de repartir “el sanguis” y los fieles sólo comulgaran bajo la especie del pan consagrado.

También se conservan testimonios de cómo quedaba reservada la eucaristía después de la Santa Misa para la adoración de los fieles y para ser llevada a los enfermos. Por ejemplo, es significativo este texto de Orígenes, que muestra el realismo en el cuidado de la conservación de la eucaristía: “Conocéis vosotros, los que soléis asistir a los divinos misterios, cómo cuando recibís el cuerpo del Señor, lo guardáis con toda cautela y veneración para que no se caiga ni un poco de él, ni desaparezca algo del pan consagrado. Pues os creéis reos y, ciertamente, por cierto, si se pierde algo de él por negligencia”³⁰.

Según el profesor Jüngmann, uno de los grandes especialistas en la historia de la liturgia cristiana, la celebración de la Santa Misa, durante el siglo I, se habría desarrollado del siguiente modo: “Los apóstoles cumplían el mandato que el Señor les había dado en la última noche, por regla general dentro de una cena que se atenía ritualmente a las costumbres judías. Estaba constituida por la acción de gracias de la cena y por el «cáliz de bendición». Esta acción de gracias iba precedida de una exhortación, que dirigía a los comensales el que presidía la mesa. La exhortación debió de concretarse ya en los primeros momentos a las dos invitaciones: *Sursum Corda* y *Gratias agamus*, que en toda la tradición litúrgica encontramos invariablemente con sus correspondientes respuestas (...). La consagración del cáliz de bendición debió de atraer a su órbita la consagración del pan que se tenía al principio, y esto ya en la primera generación, por lo menos como una cosa permitida. Las dos fórmulas de consagración usadas por Jesucristo se unían en un único relato doble”³¹.

Digamos inmediatamente que a estas celebraciones sólo podían asistir los bautizados, pues sólo ellos habían recibido el don de la fe para creer en esa presencia real y la instrucción necesaria para apreciar el misterio divino al que estaban asistiendo y del que iban a recibir la abundancia de la gracia. Como recordaba el profesor Bardy: “Los catecúmenos eran despedidos de la iglesia después de la homilía: no asistían, pues, al sacrificio eucarístico, pero oían hablar de Dios, de Jesucristo, de la Trinidad, de la vida futura. Lo que desconocían eran las doctrinas referentes a los sacramentos más que los que concernían a Dios. Puede, pues, asegurarse que, de una manera general, el cristianismo no es y nunca ha sido una religión de misterios”³².

Por tanto, apreciar y valorar el misterio central de la fe era muy importante, pues nadie

27. S. JUSTINO, *Apología*, BAC, Madrid 1997, I, 66.

28. S. AMBROSIO, *De Sacramentis*, Ciudad Nueva, Madrid 2005, lib. 4, n. 16.

29. TERTULIANO, *Contra Marción*, lib. 5, c. 3 (PL 2, 79).

30. ORÍGENES, *Homiliae*, 13, 3 (PG 12, 39).

31. J. A. JÚNGMANN, *El sacrificio de la Misa*, BAC, Madrid 1965, pp. 38-39.

32. G. BARDY, *Conversión al cristianismo durante los primeros siglos*, Encuentro, Madrid 1990, p.156.

podía acostumbrarse a estos grandes dones del cielo. De hecho, como vivían rodeados de paganos siempre curiosos por los ritos cristianos, los primeros fieles guardaban discreción sobre los santos misterios que vivían. San Hipólito lo subrayaba de este modo: “Nosotros os hemos transmitido estas breves nociones sobre el Santo Bautismo y la Santa Oblación, y ya habéis sido instruidos en temas relativos a la resurrección de la carne y otras enseñanzas según lo que está escrito. Pero si es necesario recordar alguna otra cosa, el obispo lo dirá bajo secreto a los que recibieron la eucaristía, los infieles no deben tener conocimiento de todo esto”³³.

Era parte del realismo con que vivían la misa el esfuerzo para que no fuera mancillado este misterio con habladurías y mucho menos con sacrilegios. Por eso decía san Hipólito: “Cada uno tendrá cuidado de que un infiel no guste de la eucaristía, ni un ratón ni otro animal, y de que nadie la vuelque ni la derrame, ni la pierda. Siendo el cuerpo de Cristo, que será comido por los creyentes, no debe ser menospreciado”³⁴.

En los siguientes siglos, continuó esta praxis en las catequesis bautismales, procurando fortalecer la fe de los catecúmenos y a la vez preservando la eucaristía de la mirada de los curiosos. Como decía san Ambrosio a los recién bautizados: “Si hubiésemos pensado insinuároslo antes del bautismo, cuando todavía no estabais iniciados, se hubiera considerado esto como traición por nuestra parte, más que como enseñanza”³⁵. Y añadía san Juan Damasceno: “Por tanto, con toda fuerza estaremos prevenidos para no recibir la «participación» de los herejes, ni tampoco darla”³⁶.

En la tradición de la Iglesia esta discreción sobre la eucaristía siempre se ha visto una



Resurrección de Cristo. P. Novelli. M. del Prado (detalle).

manifestación de fe y grandeza del misterio que celebramos y se denominaba el “arcano de la fe”. Por eso concluye el profesor Martín Hernández: “Un puesto de primer orden tiene también la eucaristía, aunque sean raras y reservadas las manifestaciones que se hacen de ella al irse imponiendo poco a poco la ley del silencio o del arcano”³⁷.

Ese silencio y respeto, unido a las persecuciones y a la consiguiente Iglesia catacumbal que se desarrolló durante largos períodos de tiempo, influyó en la hora de la celebración de la Santa Misa. Por eso acabó imponiéndose la celebración al amanecer, en el siglo II en muchos lugares. Como dice Tertuliano: “El Sacramento de la Eucaristía, confiado por el Señor en el tiempo de la cena, y a todos, lo tomamos también en las reuniones de antes del amanecer”³⁸. Y, así lo recoge también san Hipólito: “Los diáconos y sacerdotes se reunirán, todos los días, en el lugar que el obispo les prescriba (...). Entonces, cuando todos los fie-

33. S. HIPÓLITO, *La Tradición apostólica*, Lumen, Buenos Aires 1972, n. 21, p.78.

34. *Ibid*, n. 37, p. 111.

35. S. AMBROSIO, *De Misteriis*, Ciudad Nueva, Madrid 2005, lib. 1 n. 2.

36. S. JUAN DAMASCENO, *De Fide Orthodoxa*, Ciudad Nueva, Madrid 2003, IV, 13.

37. F. MARTÍN HERNÁNDEZ, *Iniciación a la Historia de la Iglesia*, Sígueme, Salamanca 2000, vol. 1, p. 70.

38. TERTULIANO, *Contra Marción*, lib. 5, c. 3 (PL 2, 79).

les estuvieran congregados en la iglesia, los instruirán y, después de haber orado juntos, acudirán cada uno a realizar el trabajo que le corresponda”³⁹.

Han pasado los siglos y actualmente podemos repetir uno de los principios fundamentales de la historia de la salvación: la redención está hecha y, a la vez, está por hacer, pues falta aplicar los méritos infinitos de la redención sobreabundante a cada uno de los hombres y mujeres de todos los tiempos.

Es más, el cardenal Ratzinger, expresaba en una de sus obras la continuidad de la historia de la salvación: “Es absolutamente evidente, ya en las cartas de san Pablo, que el pan y el vino se convierten en el cuerpo y la sangre de Cristo, que él mismo, el resucitado, está presente y se nos ofrece como alimento. El énfasis con el que Juan en el capítulo seis de su Evangelio resalta la presencia real es difícilmente superable. También para los Padres de la Iglesia,

comenzando ya por los primeros testigos pensemos en Justino mártir, o en Ignacio de Antioquía está fuera de toda duda, tanto el gran misterio de esta presencia que se nos da, como la transformación de los dones en la Plegaria Eucarística”⁴⁰.

Precisamente, hablar de la eucaristía como momento trascendental y único en la historia de la salvación en el Oratorio del Caballero de Gracia de Madrid es una manera espléndida de concluir este ciclo de conferencias sobre el IV Centenario del fallecimiento del Caballero de Gracia.

Esta obra del Caballero, el Oratorio, este intangible, en forma de un magnífico templo donde cada día se dispensan los sacramentos de salvación y donde las almas pueden reconciliarse con Dios en la confesión y adorar a la eucaristía y comulgar, es una verdadera aportación del Caballero a la historia de la salvación.

Madrid 27 de abril de 2020

39. SAN HIPÓLITO, *La Tradición apostólica*, n. 39, p. 112.

40. J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia*, Cristiandad, Madrid 2007, p.126.

José Carlos Martín de la Hoz, Licenciado en Ciencias Geológicas por la Universidad Complutense de Madrid y Doctor en Teología (Especialidad de Teología Histórica e Historia de la Teología) por la Universidad de Navarra. Fundador de las Academias de Historia Eclesiástica de Sevilla y Valencia, de las que ha sido Secretario General. Investigador del Instituto de Historia de la Iglesia de la Universidad de Navarra, donde ha publicado diversas ediciones críticas de obras inéditas del siglo XVI. Forma parte del Instituto para el estudio de la Escuela de Salamanca y del Centro Luis de Molina de la Universidad Católica de Ávila donde está publicando ediciones críticas de los *Tratados de Cambios*. Entre sus más de treinta libros publicados destacan: *La Iglesia en América: Siglos XVI-XX* (Madrid, 1992), *La violencia y el hecho religioso* (Córdoba, 1995), *Causas de Canonización y milagros* (Bilbao 2009), *la Historia de la Iglesia en España* (Madrid 2009), *Inquisición y confianza* (Madrid 2010), *El Islam y España* (Madrid, 2010), *La historia de la confianza en la Iglesia* (Madrid 2012) y *breve historia de las persecuciones contra la Iglesia* (Madrid 2014). Coordina el grupo de investigación *Confianza y hecho religioso*, sobre el problema teológico de la Inquisición, acerca de lo que ha publicado diversas monografías y artículos en Revistas especializadas. Es Director de la Oficina de las Causas de los Santos del Opus Dei en España desde el 2002 y es Postulador de diversas Causas.